



Las ciudades prohibidas ¹

Henry Kissinger

El mariscal Yen Chien-ying me llevó a la ciudad en una gran limosina, con las cortinas corridas. Al espiar a través de ellas vi amplias y limpias calles con poco tránsito, salvo las bicicletas. Atravesamos la inmensa Plaza Tien An Men. Nuestro destino era una casa de huéspedes para visitantes oficiales, una de las muchas que había en un gran parque encerrado por murallas en la parte occidental de la ciudad. El parque, me dijeron, incluía antes un lago imperial para la pesca. Cada una de las muchas casas de huéspedes oficiales está ubicada en una pequeña península conectada con su vecina por un pequeño y elegante puente. Todo el complejo da una sensación de extraordinaria amplitud, marcada sólo por el shock de un centinela que emerge de su escondite, detrás de los arbustos, cuando uno intenta cruzar el puente.

En una ocasión (junio de 1972) le dije [a Chou En-lai] que los soldados que se adelantaban en los puentes que conectaban las diferentes residencias me hacían sentir como el plomero en la novela de Kafka *El Castillo*, quien, después de ser llamado para luego negársele la entrada, pasó toda su vida tratando de entrar, olvidando

¹ Henry Kissinger, *Mis memorias*, Editorial Atlantida S. A., Buenos Aires, 1979, pág. 515, 517, 520 y 726.



totalmente para qué se lo habían llamado en primer lugar. No sabía por qué quería yo cruzar ese puente; pero sabía que quería hacerlo. Chou se ríó, pero no hizo nada durante ese viaje. Mi próxima visita ocurrió en febrero de 1973; la última noche, mientras preparaba mi equipaje, una mujer de protocolo golpeó a mi puerta y me dijo que el premier me invitaba a una charla privada. Fuimos conducidos a otra residencia para visitantes al otro lado del lago donde Chou En-lai y yo conversamos hasta las tres de la mañana. Cuando me estaba yo despidiendo súbitamente me dijo en inglés: «Demos un paseo». Mientras continuábamos nuestra charla, cruzamos dos puentes; luego subió a su automóvil, que nos había estado siguiendo, y se marchó. Fue un gesto extraordinario.

(...)

La mañana del sábado 10 de julio fuimos conducidos a la Ciudad Prohibida, el antiguo Palacio Imperial construido en el siglo quince. El enorme espacio, normalmente una popular atracción turística, había sido cerrado al público por medio día para que nosotros, seis norteamericanos, hiciéramos una visita privada. Acompañados por Huang Hua, fuimos guiados a través de los bellamente proporcionados patios, salones y jardines, maravillados como muchos emisarios extranjeros lo habían estado antes que nosotros por la exquisita arquitectura en rojo y oro, las esculturas de piedra y los leones



de bronce, los techos amarillos que parecían caer como cascadas sobre las arenas que formaban las muchas plazas, las vistas panorámicas de lo que otrora fue la residencia de los emperadores chinos quienes creían ser el centro del universo y durante largos períodos convirtieron sus pretensiones en realidad. El director de todos los museos arqueológicos chinos nos llevó a la exposición de tesoros recientemente excavados (muchos de los cuales más adelante irían de visita a los Estados Unidos).

(...)

Mao Tse-tung, el líder cuya vida estuvo dedicada a invertir los valores, la estructura y la apariencia de la China tradicional, vivía en realidad en la Ciudad Imperial, tan recluso y misterioso como los emperadores a los que despreciaba.